



MERCADO MUNICIPAL DE CUENCA

A orillas del Huécar

MARIA JOSE BARRERO

El sonido de las turbas aún retumbaba en las callejuelas estrechas. Los ecos de los tambores habían quedado prendidos, como cada año, entre los huecos de las muros centenarios, mientras en el empedrado de las calles aún se veían restos de cáñamo y algún que otro papel.

Parecía mentira, pero la Semana Santa de aquel año había sido algo especial. Quizá por el calor temprano de una primavera adelantada, o por la cantidad de visitantes que habían aprovechado las fiestas para acercarse hasta Cuenca. Lo cierto es que, aunque no sabía muy bien por qué, este año no había disfrutado como siempre con las procesiones. Sentía una desazón que le impedía disfrutar de la belleza de los pasos y del fervor con que los cientos de penitentes seguían su rastro.

Tan sólo la noche del Viernes Santo se animó a salir para ver el Santo Entierro. Nunca, desde que llegó a Cuenca, se había perdido esa procesión. Incluso, aún estando enferma, se había atrevido a desafiar al frío y al médico para asistir a verla. Le gustaba estar en medio de la multitud atronada por el sonido de los tambores, ver cómo se bamboleaban



las imágenes y oler la mezcla de cera y flores que se formaba en los pasos según iban pasando las horas.

Pero este año fue distinto. Cuando comprobó que una auténtica marea humana, que se movía al ritmo de la marcha fúnebre igual que un banco de peces, subía por la calle de Alfonso VIII, decidió cambiar de dirección y bajar hacia el barrio de San Martín.

Desde allí, desde una de sus callejuelas, pudo asomarse y respirar un poco de aire. Al fondo, el ruido de tambores y clarines acompañaba a la procesión. Ella, acodada en la muralla, observaba como la luna, grande y blanca, cubría de plata las hojas de los chopos. Abajo, a una considerable altura, se extendía como una culebra el Huécar, el río al que había estado ligada su vida en los últimos cuarenta y cinco años.

Aún recordaba con nitidez la primera vez que su padre la llevó a la capital de la provincia. Su padre era uno de esos agricultores recios, acostumbrados a trabajar las difíciles tierras de la serranía. En ocasiones iba a Cuenca para vender allí sus productos. Alguna vez Carmen fue con él. Así fue como ella conoció esa ciudad que tantas alegrías y tanto trabajo le había dado a lo largo de su vida.

La sonrisa con la que recordaba esas primeras visitas se quebró. Era una tontería negar qué es lo que le estaba sucediendo, pensó. Estaba preocupada. Su hijo le había dicho esa misma mañana que iba a marcharse a Madrid. Las posibilidades que le ofrecía una pequeña ciudad como Cuenca no eran suficientes para él. Y mucho más si se tenía que hacer cargo del huerto que la familia explotaba en la hoz del Huécar desde hacía varias generaciones. El prefería ir a buscar suerte a otro sitio, aunque se cruzara con ella en el camino y no supiera reconocerla. No estaba dispuesto a dejarse la vida entre azada y azada, pendiente de la escasez de lluvias o del desbordamiento del río. Aquella vida no era para él, les había dicho.

Tras la perorata de su hijo se había quedado completamente muda. Federico, su marido, tenía la jubilación a la vuelta de la esquina, y ellos habían pensado que Alonso se haría cargo de las tierras. En ningún momento se les hubiera ocurrido pensar que él ya había decidido su futuro. Nunca se les había pasado por la cabeza que los hijos no siempre comparten las ideas de los padres. Alonso había sido siempre eso que las revistas y las novelas cursis llaman un hijo modelo: en la escuela sus notas habían sido magníficas, siempre ayudaba a su padre en la huerta e incluso había acudido a vender con ella al Mercado, siguiendo una tradición que en la familia de su marido habían cumplido ya cuatro generaciones.

Este año le tocaría ir a ella sola al Mercado. Alonso ya no llevaría la destartalada furgoneta. Sería Federico quien, en el viejo trasto amarillo, tendría que llevar las habas, los cebollinos,

las acelgas, los tomates, las coles y esas preciosas lilas blancas que crecían junto a su pequeña casa cada primavera. Y llevarla a ella, claro, para que pudiera venderlas, como cada año, en el Mercado Municipal. Era la única forma de conseguir algo de dinero extra, el mismo dinero que ahora necesitaría Alonso para irse a Madrid.

Dando un paseo, bajó por la ronda, siguiendo desde lo alto el cauce del Huécar. Cuando llegó abajo, cogió el camino junto al río y siguió andando como si fuera un autómata.



El Huécar es uno de esos ríos que, haciendo realidad los tópicos, recorre con un murmullo alegre y cristalino el fondo de la hoz que ha ido horadando a lo largo de los siglos. Cuando las lluvias del otoño aumentan su cauce y hacen caer las hojas de los árboles de su ribera, se refleja en sus aguas una de las zonas más bellas del casco histórico de la ciudad. Las casas colgadas, desde su apabullante altura, se asoman al vacío y se miran en esas aguas, intentando ver en él el reflejo de su singularidad y su belleza.

A su paso por las calles de la vieja villa, el río, ya encauzado, refleja, aún más si cabe, el color claro, terroso, de las casas que lo rodean. Pero un poco más arriba, antes de que sus aguas comiencen a cruzar calles y su ruido se apague entre las ruedas de los coches, el Huécar riega una fértil huerta que aprovecha al máximo el microclima húmedo que se forma en la hoz. Ahí, desde tiempos inmemoriales, se cultivaban las hortalizas con las que se abastecía la ciudad. Allí crecía los guisantes más finos, los tomates más rojos, las lechugas más tiernas y las hierbas más aromáticas... y todo a las mismas puertas del casco antiguo. Allí tenía su huerta Carmen. Bueno, en realidad no era suya, sino de su marido. El la había heredado de sus padres y éstos, antes, de los suyos, y así hasta llegar a los primeros labriegos que ocuparon esa tierra cuando aún era propiedad de una de las familias más ricas de la villa.

Carmen había llegado a esas tierras cuando se casó con Federico. Ella era la primera de seis hermanos y había nacido en un pequeño pueblo de la serranía de Cuenca. Huélamó era un pueblo blanco encaramado sobre una cerro, un pueblo que vivía, y aún lo sigue haciendo, de la agricultura.

Ella, la mayor de seis hermanos, había tenido que ayudar a sus padres en las tareas del campo desde niña. Todas las tardes, tras salir de la escuela, se dirigía hacia la huerta para ayudar a regar, a quitar malas hierbas o a recolectar los frutos que ya estuvieran maduros.

Poco después de cumplir los ocho años Carmen tuvo que dejar de ir al colegio. La familia había ido creciendo a buen ritmo y su madre la necesitaba para poder cuidar de sus hermanos. Su vida se convirtió entonces en un ir y venir de pañales sucios, mocos y papillas. Mientras otras niñas de su edad jugaban a las tabas o a la peonza en la calle, ella cargaba con sus hermanos de un sitio a otro.

Hasta que un día conoció a Federico. Su padre acostumbraba a vender sus verduras a un antiguo vecino del pueblo que se había hecho con uno de los puestos del antiguo Mercado que se levantaba junto al Gobierno Civil, en lo que hoy es la plaza de España.

El Mercado era una de esas clásicas estructuras de hierro y cristal construida a principios de siglo. Sus puestos, abarrotados de mercancía en los buenos momentos de cosecha y algo más vacíos durante el resto del año, se habían convertido en el marco perfecto para enterarse de todo lo que sucedía en la ciudad. Por allí pasaban desde la señora del gobernador civil acompañada por la correspondiente "chacha", hasta la más humilde ama de casa.

Y entre esos puestos se colocaban habitualmente los hortelanos de la hoz del Huécar, los mismos hortelanos que habían dado origen al Mercado Municipal, porque sin ellos el Mercado no habría podido salir adelante.



Desde que comenzaba la primavera y hasta que estaba bien entrado el otoño, ponían sus mercancías sobre unos bancos, al lado de la báscula romana y de unos cucuruchos de papel en los que envolvían el género.

Huevos de gallina, verdes cebolletas, espinacas recién cortadas, zanahorias con sus hojas, húmedos pepinos y una buena caja de collejas, esas plantas silvestres que se añaden al potaje. Todo eso vendía Federico el día en que Carmen lo descubrió al ir con su padre al Mercado. Bueno, es posible que llevara algo más pero, con esa memoria que cada vez iba peor, ya no podía recordarlo. Lo que sí recordaba era que él se había quedado completamente callado cuando se acercó a preguntarle el precio de las collejas, y que sólo pudo señalarle el papel de estraza en el que había dibujado, con gruesos trazos de lapicero, que el kilo costaba a 1,50.

Se casaron apenas un año después. Era un frío día de diciembre en el que un cielo plomizo descargó una de las mayores trombas de agua de la década. Federico había elegido esa fecha porque era cuando menos labor tenía en la huerta y porque ya hacía un mes que había dejado de poner su puesto en el Mercado.

Casarse fue para ella, en parte, una liberación. Se mudó a Cuenca, a la casa que Federico compartía con sus padres. Pensaba que, al irse a vivir cerca de la ciudad, su vida cambiaría radicalmente. Pero no fue así. Simplemente cambió de preocupaciones. Se olvidó de pañales y comidas, pero tuvo que hacer frente a nuevas responsabilidades. Sus suegros ya eran mayores y Federico se había hecho cargo de la huerta desde hacía unos años. Ahora ella tenía que comenzar a preocuparse por la marcha de la cosecha, por la intensidad de las lluvias y de las heladas o por las plagas de orugas que podían dejar a su familia en la calle y sin un duro.

Pero la monotonía de esa vida se rompía cada año cuando pasaba la Semana Santa. Tras las procesiones, cuando el olor a cera se diluía en el aire y las campanas de las iglesias y los conventos habían dejado de anunciar la Resurrección, comenzaba para Carmen la primavera. Y no era una primavera cualquiera. Las flores del almendro eran las primeras en anunciar que se acercaba el tiempo del Mercado. Tras ellas comenzaban a florecer las lilas, mientras en la tierra crecían a ojos vistas las tiernas verduras que su marido y su suegro se habían encargado de plantar unos meses antes.

Era entonces cuando su vida, como la de la huerta que veía desde su dormitorio, comenzaba a crecer y cambiaba radicalmente. Se olvidaba de la rutina en la que había estado sumergida y se metía en otra, aunque ésta tenía colores y olores distintos y era mucho más entretenida.

Cada mañana se levantaba a primera hora. Mientras se vestía, Federico cargaba el carro con las hortalizas que había recogido al amanecer. Ella cogía de las riendas al pequeño y cansado burro que tiraba de él y, acompañada por su suegra, salía al camino en dirección al Mercado.

Le gustaba llegar allí a primera hora. Así no sólo podía elegir buen sitio, sino también ver cómo se iban abriendo los puestos, cómo los vendedores iban colocando sus mejores mercancías en primera línea, para ocultar un poco las que estuvieran menos frescas. Tam-



bién tenía tiempo de hablar con alguna de sus nuevas amigas, jóvenes que como ella se habían incorporado hacía poco tiempo a ese mundo bullicioso y multicolor. Allí pasaban el día. Las mañanas eran siempre más agitadas. Las amas de casa acudían al Mercado dispuestas a hacer milagros con las escasas monedas de sus presupuestos. Compraban habas si ese día había muchas y eran algo más baratas, o acelgas si no se terciaba otra cosa.

Un poco más tarde llegaban las de familias más acomodadas, pero, aunque su forma de vestir denotaban una mejor situación económica, seguían mirando la peseta como si fuera de oro. No estaban los tiempos como para hacer derroches, aunque de vez en cuando se llevaran a casa un precioso ramo de lirios o unos geranios para trasplantarlos a una maceta. Eso sí, todas preferían comprar los productos de los hortelanos del Huécar porque, al fin y al cabo, siempre había más confianza en lo que se producía en la propia ciudad que en lo que llegaba de fuera, por muy buena pinta que tuviera.

A media mañana, un poco de queso y un pedazo de pan servían para engañar al hambre en unos tiempos en los que nadie nadaba en la abundancia. Y eso que a ellos, gracias a la huerta, nunca les había faltado para comer. Nunca, y mientras lo pensaba Carmen tocaba la madera de una de las cajas donde tenía las patatas, las cosas les habían ido demasiado mal.

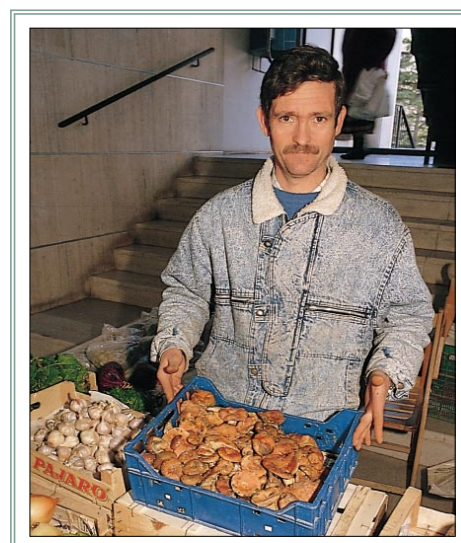
Las tardes eran tranquilas. A la salida de la escuela algunos chiquillos se acercaban a cumplir un encargo de sus madres. Pero en verano, cuando las clases terminaban y el calor comenzaba a caer de plano después de comer, la gente no se acercaba a comprar hasta que casi caía la tarde. Cuando los más rezagados se iban, ellas recogían la poca mercancía que había quedado sin vender, la cargaban en el carro y emprendían el camino de vuelta a casa. Así pasaban los días. Los sábados por la tarde no había Mercado, así que se quedaba en casa cosiendo, remendando la ropa de Federico o planchando. Y los domingos por la mañana o por la tarde, si el tiempo acompañaba, salían de paseo. Una vuelta por la Plaza Mayor, un paseo junto a las casas colgadas... Cuando tenían ganas de andar incluso subían hasta el castillo.

Desde allí las vistas eran magníficas y el vientecillo que llegaba de la sierra se agradecía en las tórridas tardes de verano. Luego, al bajar, si estaban de humor y llevaban algo de dinero, aprovechaban y tomaban un refresco en alguna de las tascas que había en las callejas del centro.

El mismo ritmo de vida se repetía cada verano y se alargaba casi hasta la fiesta de los Santos, hasta el 1 de noviembre. Era en esas fechas cuando los hortelanos, tras vender los últimos ramos de dalias y crisantemos, dejaban por fin el mercado y volvían a sus tierras, preparados para pasar otro frío invierno y regresar de nuevo con la primavera. Como la violetera de la copla, pensaba Carmen cada año.

Carmen sólo faltó a esta cita una vez, el año en que acababa de dar a luz a su hijo Alonso. El crío sólo tenía un mes y no podía llevarse al mercado durante todo el día, ni andar subiendo y bajando cada vez que tuviera que darlo de mamar. Fueron sólo unos meses, pero para ella fueron los más largos de su vida.

Cuando pasó el verano cogió una mañana la canastilla del pequeño y la subió en el carro, acomodándola entre las cajas de hortal-



zas que su suegra llevaba al Mercado. Nadie dijo nada, nadie hizo ningún comentario. Y ella, como si ese paréntesis no se hubiera producido, dio un azote al burro para que comenzara a caminar, como lo había hecho todas las mañanas.

Alonso aprendió a caminar en los pasillos del Mercado. Dio sus primeros pasos una tarde de primavera en la que el sol se colaba por el techo de cristal del viejo edificio, al lado de unas matas de cebollino que su madre tenía pegadas a la pared. El crío quería coger con sus pequeñas manos uno de esos rayos de luz juguetones que se convierten en un arcoiris al llegar al suelo. Su madre y su abuela reían al ver al pequeño, torpe y gracioso como un payaso.

En ese mismo Mercado fue donde le salieron los primeros dientes y donde se rompió el brazo al tirarse desde una escalera. La vida del pequeño Alonso giraba en torno al Mercado, especialmente los veranos. Era entonces cuando se olvidaba de lo aburrido que era el invierno y campaba a sus anchas entre las cajas y sacos que guardaban la mercancía. O se hacía fuerte, jugando a los soldados, entre las montañas de hojas secas y desperdicios que cada día se acumulaban en una de las salidas del Mercado. Lo pasaba en grande.

Allí fue creciendo. Cuando comenzó a ir al colegio utilizaba el banco donde se colocaba la mercancía para hacer los deberes, mientras merendaba una manzana o una dulce pera. Había llegado a conocer el Mercado casi mejor que su propia casa y en él había construido su mundo, un mundo en el que todos los vendedores eran figuras necesarias para realizar la representación de cada tarde.

Pero un año –fue en 1971 ó 1972, poco después de que muriera el abuelo y de que la abuela empezara a encogerse como una pasa, recordaba Carmen–, el Ayuntamiento decidió tirar el viejo Mercado y construir, en un solar que había

junto a él, uno nuevo. El Gobierno Civil, cuya sede se encontraba enfrente, había aconsejado trasladar el edificio por motivos de seguridad. Eso es, al menos, lo que dijeron. Durante el invierno desarmaron la vieja estructura y construyeron un parking subterráneo, que cubrieron con una bonita plaza en la que colocaron una fuente redonda, algunos bancos y unos cuantos árboles.

Cuando llegó la primavera y, con ella, el momento de regresar al Mercado, Carmen y Alonso se encontraron ante un edificio alto y anodino, de ladrillo y sin ventanas, todo lo contrario de la jaula de hierro y cristal en la que Alonso había crecido. Sería mucho más moderno, pensaron, pero también más feo. Todos notaron la ausencia del viejo Mercado, sobre todo cuando se dieron cuenta de que quien lo había diseñado no había tenido en cuenta la labor para la que se iba a utilizar. ¿A quién se le habría ocurrido colocar en el tercer piso las fruterías y las verdulerías? ¿A alguien a quien no le gustaban los vegetales? ¿Quién iba a ser el guapo que subiera tres pisos, 72 escalones, para bajar cargado de patatas?

Y, tal como temía todo el mundo, ocurrió lo que tenía que suceder. Las ventas bajaron, la gente dejó de ir al Mercado. Preferían comprar en la tienda de la esquina antes que tener que subir y bajar tantas escaleras.



Fueron tiempos duros para casi todos. Sólo los hortelanos del Huécar, que vendían sus productos en las puertas del edificio, pudieron capear el temporal.

Mientras el nuevo Mercado permanecía prácticamente vacío, la calle se fue convirtiendo, poco a poco, en una de las zonas más bulliciosas de la ciudad. “Renovarse o morir”, debieron pensar los comerciantes al ver que, transcurrido un año desde que se abriera el nuevo Mercado, el público no volvía. Y eso fue lo que hicieron: salieron a la calle a vender la mercancía que si no se hubiera podrido en sus cámaras, a pesar de que el Ayuntamiento cobraba cinco veces más por estar en la calle que por ocupar los puestos de abastos.

Todos los días, desde a las siete de la mañana hasta casi las cuatro de la tarde, la calle Gregorio Catalán Valero, que une la plaza de España con la plaza de los Carros, se cerraba al tráfico. Sólo los camiones podían pasar a descargar sus mercancías.

Y en la calle, lo mismo bajo la nieve que soportando el sofocante calor veraniego, los comerciantes crearon su propio mercado, un mercado que no necesitaba de cuatro paredes de ladrillo para estar más vivo que nunca.

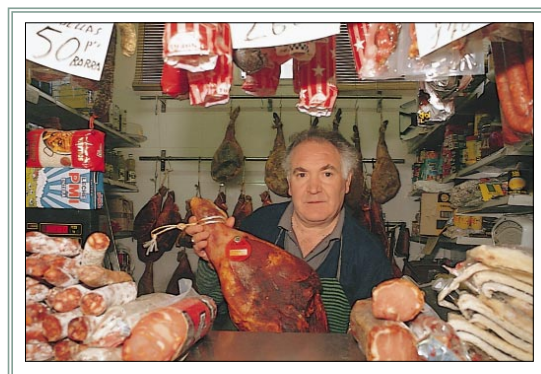
Alonso vivió esos años con ansia. Fue, en buena medida, su apertura al mundo. La escuela sólo había sido un sitio al que iba porque era obligatorio, aunque intentaba sacar provecho de sus estudios. Allí sólo tenía compañeros de clase. En la calle fue donde conoció a sus primeros amigos, y donde, por primera vez, se alejó de las faldas de su madre. Fue en esa época cuando Carmen se dio cuenta, como les sucede a todos los padres, de que, tarde o temprano, su hijo acabaría marchándose.

Pero aún faltaba mucho tiempo para que su Alonso se fuera, pensaba ella entonces. Y aunque así fue, ese tiempo había pasado para Carmen en un suspiro.

Su hijo siguió acompañándola cada año al Mercado. Cuando aprendió a conducir empezó a coger la vieja furgoneta de segunda mano que había comprado Federico. Metía los bancos, las banastas de frutas y hortalizas, la balanza y las pesas y se sentaba al volante. Al llegar a su destino descargaba todo y permanecía junto a su madre cuando, por las mañanas, había más ventas. Luego, a mediodía, recogían los trastos y volvían a casa. Después de comer, Alonso solía salir con los amigos a dar una vuelta. Y era entonces cuando hacía planes para el futuro.

Sin darse cuenta, sus pensamientos la habían llevado hasta la plaza de España. Mientras recordaba lo que había sido su vida durante más de cuarenta años, los pasos de Carmen se dirigieron hacia el Mercado.

El Ayuntamiento había decidido arreglarlo ese mismo año. No estaba bien visto –decían– que en una ciudad considerada Patrimonio de la Humanidad, el Mercado siguiera ocupando cada día una de las zonas más céntricas. Por eso, y para reparar los “errores de diseño” que impidieron que el nuevo Mercado se pusiera en marcha, habían decidido reordenar los diferentes pisos del edificio y hacerlo más accesible al público. El mismo Concejal de Consumo había enviado una carta a su marido para decirle que, si querían, podrían poner su puesto en el interior del Mercado, puesto que la venta en la calle iba a ser prohibida. La



idea no les había gustado mucho, pero como las normas son las normas y ellos necesitaban seguir viviendo de los productos que cultivaban en su pequeña huerta, no tenían otro remedio.

Carmen esperaba que su hijo pudiera acompañarla de nuevo, ayudarle a colocar el nuevo banco, como lo había hecho en los últimos años, pero Alonso tiene nuevos planes y nosotros ya no entramos en ellos, se dijo.

Pensativa y cabizbaja, dio media vuelta y se dirigió hacia su casa. Había recorrido ese camino miles de veces, pero esa noche, por primera vez, se fijó en cómo había cambiado la ciudad a lo largo de los años. Junto al río habían hecho un nuevo auditorio, muchas de las casas que se asomaban a la hoz estaban medio derruidas, y otras más habían sido restauradas, como esa casona señorial que habían rehabilitado los arquitectos para colocar su colegio. La ciudad, bañada por la luna, le ofreció una imagen completamente distinta, algo fantasmal incluso.

Se sentó en el paseo, junto a la ribera del río y allí pensó. Pensó en la futura vida de su hijo, en lo que el destino les depararía a Federico y a ella en los próximos años. Y pensó también en el Mercado, el Mercado al que volvería al día siguiente, como todos los años, para ofrecer lo mejor que tenía. ■

MARIA JOSÉ BARRERO
PERIODISTA



MERCADO MUNICIPAL DE CUENCA

El Mercado Municipal de Cuenca se encuentra situado entre la plaza de España y la plaza de los Carros, enfrente de la sede del Gobierno Civil. Fue construido en 1972, después de que se retirara el antiguo Mercado de principios de siglo, pero su diseño -cuatro plantas y con las cámaras frigoríficas a pie de calle-, obligó a los comerciantes a colocar puestos en la calle. Fue reformado en 1995 y en la actualidad tiene 51 puestos comerciales, de los que 42 están ocupados, distribuidos en las plantas baja y primera.

En su planta baja hay en la actualidad veinte fruterías, dos panaderías y un establecimiento de encurtidos. Diez productores locales se colocan también en los pasillos de esta planta entre los meses de abril y noviembre.

En la primera planta se puede comprar en una pescadería, cuatro carnicerías, dos pollerías, una casquería, tres tiendas de ultramarinos, una jamonería y una carnicería cinegética. En los locales del exterior hay una lencería, una floristería, un quiosco de golosinas, una tienda de arreglos de ropa y otra de reparación de electrodomésticos. También se encuentra en los locales exteriores del edificio la chocolatería con mayor tradición de Cuenca.

Los responsables del Mercado están buscando soluciones para evitar el progresivo cierre de locales, modificando el antiguo reglamento. Además, el Ayuntamiento está fomentando la creación de una asociación de comerciantes que dinamice la afluencia de público. Un buen ejemplo de estas nuevas actividades se desarrolló el pasado verano, cuando los alumnos de una escuela taller municipal de artesanía expusieron y vendieron sus trabajos, ocupando los puestos que se encontraban vacíos.

